

RAFAEL MARÍA DE MENDIVE

Nació en la Habana, en 1821. En 1843, empezó á hacerse conocido del público, dando á luz algunas composiciones que fueron saludadas con aplausos por los inteligentes.

Reconocido ya como bueno en la república de las letras cubanas, publicó como director y asociado á F. G. Roldan, *Las Flores del Siglo*, papel que veía la luz pública por entregas en el año de 1845, y dos años mas tarde, un volumen de sus poesías con el nombre de *Pasionarias*. En 1853, dirigió en union de F. Q. García, la *Revista de la Habana*, periódico literario que pudo llegar hasta setiembre de 1857.

Mendive ha colaborado en casi todos los periódicos literarios que se han dado á la estampa en la Habana desde 1843 á la fecha, con excepcion de los que se han publicado durante su residencia en países extranjeros.

Sencillo, tierno y pulido, agrada este poeta por la dulzura de sus versos y los delicados matices con que engalana sus composiciones.

Mendive es uno de los escritores mas apreciados de Cuba.

INVOCACION RELIGIOSA

No seré yo, mi Dios, quien á ti llegue
Cubierto de rubor, ni quien osado
Ante tu excelsa majestad desplegue
Del pensamiento el vuelo arrebatado;
No, yo sabré sin que el dolor me ciegue,
Padre infeliz, con ánimo esforzado,
Imitando el zumbar de mansa abeja,
Levantar hasta ti mi humilde queja.

Si en mis labios jamás la trompa de oro
Con épica expresion sonó robusta;
Ni en hélico cantar lancé sonoro
El grito de dolor que al alma asusta,
De ternura infantil todo un tesoro
Mi númen te dirá con voz augusta,
Y en fácil rima que cantando llora
Todo el inmenso afan que me devora.

Yo te diré porque cuando serena
La noche su amplio manto de zafiros
Desplega hermosa y de misterios llena
Á ti consagra un himno de suspiros,
De mi lira se escapan con mi pena
En ecos de dolor ó en blandos giros
Las quejas ¡ay! las quejas que mi pecho
Lanza en hirvientes lágrimas deshecho.

Yo te diré, mi Dios, porque la tierra
Es desierto arenal para mis ojos,
Y el mundo todo para mi no encierra
Sino de muerte pálidos despojos:
Porque donde paz hubo encuentro guerra,
Donde flores de amor tan solo abrojos,
Y es el eterno suspirar del viento
Mi grito de dolor y mi lamento,

Es ella ¡oh! Dios, la hija idolatrada
Por quien palpita el corazon y gime
En triste soledad; por quien trocada
En pena mi ilusion, su sello imprime
En mi frente el dolor; y acobardada
Ante tu excelsa majestad sublime
Ni acierta el alma á comprender ni alcanza
Mas luz ni salvacion que tu esperanza.

¡Ella! tan dulce al corazon, tan pura
Como el fresco rosal que Mayo enflora!
Mi luz providencial en noche oscura,
Y en horas de dolor mi blanca aurora.
¡Ella! que objeto fué de mi ternura,
Y causa de mis quejas es ahora,
Pálida muere y ante el Sol que nace,
Cual vaporosa nube se deshace.

Aquí me encuentra el alba contemplando
Su rostro angelical y sus cabellos
Que tantas veces me extasiaran cuando
Mis labios puse con delicia en ellos:
Mis ojos miro y de pavor temblando
Contemplo cual se extinguen sus destellos,
Y cuan siniestro de la muerte brilla
El apagado tinte en su mejilla.

Y entre mis manos trémulas estrecho
Sus manos con placer; su frente oprimo
Enternecido á mi convulso pecho
Pensando así que su salud reanimo;
Y con mi aliento avivo de su lecho
El extinto calor y el fuego animo
De sus marchitos labios donde impresos
Aun viven para mí tan dulces besos,

¡Oh! tú del corazón la flor más bella
Que en mis huertos de amor naciste un día;
Deja que siga tu impalpable huella
En alas ¡ay! de la esperanza mía;
Deja que mire en tí la blanca estrella
Que cual la escala de Jacob me guía
Desde el lecho infeliz do vivo atado
Hasta tu régio alcázar encantado.

Si mi Dios, solo tú que Omnipotente
Los orbés llenas y el espacio inflamas
Con tu inmenso poder; que en saña ardiente
La tierra puedes convertir en llamas,
Ó hacer que broten de inexhausta fuente
Floridos bosques, vastos panoramas,
Y soberbios palacios á millares
Desde el oscuro fondo de los mares.

Tú, para quien el Sol no tiene ocaso,
Ni el águila caudal pujante vuelo,
Y el Orbe tréma cuando siente el paso
De tus divinas plantas en el cielo;
Que enciendes este fuego en que me abraso
Y de las nieblas desgarrando el velo
Entre las galas de bellezas tantas
Coronado de rayos te levantas.

Tú, que al cristiano corazón le prestas
Potentes alas con que á tí se encumbra,
Y en todo tu esplendor te manifiestas
Del vívido relámpago en la lumbre,
Y en las sombras que pueblan las florestas,
Y en el rauda torrente, y en la cumbre
De las altas montañas, donde eterno
Sus nieves cuaja el borrascoso invierno.

Tú, que lo puedes todo, al alma mía
Devuélvele la paz, pues que te imploro
Con la afligida voz con que solía
Invocarte David, cuando en sonoro
Salterio gemidor á tí pedía,
Goteando el corazón amargo lloro,
Piedad á su dolor, y á su tormento
Al compasado son de su lamento.

Pon en mis secos labios la frescura
Del bíblico Cedron, y el eco suave
De la lejana fuente que murmura,
Y el trino melancólico del ave;
Y mi voz no será de desventura,
Ni mi acento será de pena grave,
Sino el hosanna plácido que en coro
Los ángeles te dan en harpas de oro.

YUMURÍ

Dos veces no más mis ojos
Se fijaron en tus ondas,
Y desde entonces no puedo
Apartar de la memoria
El espejo de tus aguas
Ni la espuma con que mojas
De las flores de tu orilla
Las perfumadas corolas: —
Ni la luz de las estrellas
Que penetra hasta en las sombras
De tu seno oscuro y frío,
Iluminando radiosas
El sepulcro donde encierras
Las páginas de tu gloria.

Adonde quiera que vuelvo
Mis ojos, miro tus ondas;
Y del alma se me escapan
En lucha atormentadora,
Suspiros, que por ardientes
No hay pecho que los recoja,
Ni lábio que los repita,
Ni corazón que los oiga:
Pues parece que con ellos
En comunión misteriosa,
Con eléctrica centella
Que consume cuando toca,
Va el espíritu invisible
De seres que ausentes lloran,

Y cuyas endechas tristes
Han repetido sonoras
Con sus arpas los poetas,
Los árboles con sus hojas,
Y con sus quejas las fuentes
Y con su voz las canoras
Aves que vuelan perdidas,
Como visiones hermosas
Buscando en las soledades
Dulce paz, y grata sombra.

¡Yumurí! — de tus arenas
Yo bien sé la triste historia;
De tus aguas los suspiros
Repítenla á todas horas,
Y en vano será que el tiempo
Con su mano tenebrosa
Pretenda borrar sucesos
Que viven en la memoria,
Sigue lento y sigue suave
En tu marcha silenciosa,
Cristalino y fresco río,
Y á los ecos no respondas
De las turbas que en tus aguas
Con alegres barcarolas
Y al reflejo de la Luna
En noches de Mayo hermosas,
Invocar tan solo saben
El nombre de la que adoran.

Ni te plazcan las plegarias
Que en tus márgenes entona
Con falsa voz la doncella
Á quien los celos devoran,
Y lamentando sus penas,
Con lágrimas mentirosas
Tus claras aguas enturbia,
Y tus recuerdos deshonor. —
Repitan sí, tus corrientes
Las canciones melodiosas
Del insigne Milanés
Que no canta, sino llora,
Y al son del arpa se queja
Con la *Fuga de la Tórtola*;
Y de *Codos en el puente*
Ve cruzar sobre las ondas
En la barca del progreso
Las imágenes hermosas
De las ciencias y la industria,
De las artes y la historia.

De Tolon las melodías
Repíte también sonoras
Con la mágica ternura
Y el almíbar que atesoran;
Pues de amor es un poema

Cada verso en que te nombra,
Cada rasgo en que te pinta,
Cada estrofa en que te llora.
Escucha, sí, los suspiros
Melancólicos de Acosta:
Los himnos que el triste Heredia
Eleva en playas remotas
Inflamado por el fuego
De la patria y de la gloria;
Y los cantares melifluos
Y las dulcísimas trovas
De Plácido — cuyos versos
Destilan la miel sabrosa
De los esponjados lirios
Y las blancas amapolas
Que en noches de abril y mayo
Exhalan tan suave aroma.

Y arrullado por los ecos
De lirás tan cadenciosas,
Ahogando tristes recuerdos
Desliza tus claras ondas
Cual resbalan, manso río,
Por mi rostro gota á gota
Las lágrimas con que escribo
Suspirando estas estrofas.

Á MI AMIGO JOSÉ PEREZ CORONA

Ya de la tarde el manto misterioso
Sobre el callado mundo se desploma:
Ya de Venus gentil el disco asoma,
Ya triste muere el Sol.
Llevemos por el áspero camino
Con religiosa fé la débil planta,
Y oigamos la oración que se levanta
De lágrimas á Dios.

Alcemos nuestro templo en la montaña,
Teniendo por techumbre el mismo cielo;
Por luz la estrella, por alfombra el suelo
Y un árbol por altar:
Oigamos de la fuente que murmura
La desmayada voz y el querrelloso
Armónico gemir del bosque hojoso
Llamándonos á orar.

El ámbar de la flor será el incienso
Y el suspiro del aura en lejanía
La plegaria de paz que á Dios envía
Contrito el corazón;
Del órgano sagrado el grave coro
La música será de los torrentes,
Y el canto de las aves inocentes
La mística oración.

Ya los profanos goces de la vida
Del barro se desprenden terrenales;
Ya escuchamos los ecos inmortales
Del arpa de David.
El cuerpo ya flaquea, y libre el alma
De la materia vil que aquí la oprime
Ya se levanta espléndida y sublime,
Á la mansion feliz.

Sus alas bate el pensamiento y vuela
Hasta que altivo y denodado alcanza
Á la duda vencer con la esperanza,
Al error con la fé.
Y al torpe vicio lo virtud se opone,
Y en vasos de oro á la inocencia ofrece,
Regalado perfume que embelese
Sus horas de placer.

Ved como agitan sus gallardas pencas
En nuestros valles las agrestes palmas;
De cuantas tristes y olvidadas almas
Imágenes no son!...
¡De cuántos seres que olvidados moran
En solitarias tumbas, no son ellas
Al blando lamentar de sus querellas
Tristísima expresión!...

¡Oh! cuán dichosos ay! los exhalan
No léjos de la patria sus lamentos;
Y en sus terribles últimos momentos
Pudieron contemplar
Los vivos rayos de aquel Sol tan bello
Que luz y vida les brindó en la cuna,
Consuelo en el dolor, y en la fortuna
Feliz tranquilidad! —

Mas ¡ay! que el alma para todos tiene
En medio del silencio y del retiró
Una amorosa lágrima, un suspiro,
Alguna pobre flor

LA GOTA DE ROCIO

Á MI AMIGO RAMON ZAMBRANA

Cuan bella en la pluma sedosa de un ave,
Ó en pétalo suave
De cándida flor,
Titila en las noches serenas de estío
La diáfana gota de leve rocío
Cual chispa de plata ó estrella de amor! —

El álamo verde que el aura enamora,
La fuente sonora,
La concha del mar,
La palma del valle, la seiba sonante,
Cual fúlgido rayo de niveo brillante,
La ven en sus hojas inquieta temblar.

Llorando sus penas gallarda hermosura
El cáliz apura
De aromas y miel;
Y el lago sus ondas azules levanta,
El cisne se queja de amores y canta,
Y todo en la tierra respira placer —

Resbala entre rosas fantástica y leve,
Que es frágil y breve
Su hermoso existir;
Cual son de la vida los sueños de amores,
Y el beso de almibar que en copa de flores
Nos brinda gozosa la edad infantil.

Acaso de un ángel la lágrima sea
Que amor centellea
Con luz celestial,
La gota de aljófar de un niño que llora
La perla mas blanca que vierte la aurora
Y el céfiro lleva con soplo fugaz.

Entonces el alma suspira entusiasta,
Y es pura y es casta
Su bella ilusión;

Que al deshojarse lentamente hiere
La cuerda del dolor que siempre llora,
Y en palpitante endecha gemidora
Les dá su eterno adios!

Ya de la tarde el manto misterioso
Sobre el callado mundo se desploma:
Ya de Vénus gentil el disco asoma,
Ya triste muere el Sol.
Llevemos por el áspero camino
Con religiosa fé la débil planta,
Y oigamos la oracion que se levanta
De lágrimas á Dios.

Como es inocente la luz que destella
Radiante en los ojos de incauta doncella,
Apenas concibe la imágen de amor.

¡Oh, noche! oh, misterio de eterna armonía!
Oh, dulce poesía
De sueño y de paz! —

Poema de sombras, de nubes y estrellas,
De rayos de oro, de imágenes bellas
Suspense entre el cielo, la tierra y el mar! —

¡Oh! como gozoso en las noches de Mayo
Al trémulo rayo
De luna gentil

Sentado en el tronco de un sauce sombrío
Tras gota apacible de suave rocío
Pensé de mi madre las huellas seguir! —

Y allí con mis versos en paz deleitosa,
Mis hijos, mi esposa,
Mis libros y Dios,

He visto las horas rodar sin medida,
Cual rueda esa perla del cielo caída,
Temblando en el cáliz de tímida flor! —

¡Feliz si muriendo, mis tristes miradas
De llanto bañadas
Se fijan en tí! —

¡Feliz si mi lira vibrante y sonora,
Cual cisne amoroso, con voz gemidora
Su queja postrera te ofrece al morir!...

Tú al ménos podrás en mi gélida losa
Con luz misteriosa
Mi nombre alumbrar;

Y el ave sedienta verás con ternura,
De un pobre poeta la lágrima pura,
Allí sobre el mármol tranquila brillar!...

EN EL ALBUM DE J. B. DE O.

I

¡Qué son! qué voz! qué mágica armonía
Del aire se desprende en leves giros,
Llorosa como el ¡ay! de la agonía
Que exhala el corazon entre suspiros. —

No de las hojas son los ecos vagos
Cuando marchitas bajan á la tierra,
Ni el lento murmurar de mansos lagos,
Ni el gemido del viento en la alta sierra.

Es música de espíritus que giran
Entre las pencas de las verdes palmas;
Melancólicos séres que suspiran
La historia acaso de olvidadas almas,

Es música del cielo misteriosa
Que dice amores remedando quejas,
Como el céfiro libre y melodiosa
Como el blando zumbar de las abejas.

De noche: cuando espléndida la Luna
Sus vivos rayos á la Tierra envía,
Las hojas nos repiten una á una
Las frases de tan plácida armonía.

Nos la repite el eco que resuena
Entre las alas del sonoro viento
Cuando nos finge en triste cantilena
Leve suspiro, ó funeral lamento.

Y el alma entonces la apercibe suave
Sin que pueda alcanzar en su embeleso,
Si es la voz querrellosa de algun ave
Ó el eco espiritual de un casto beso.

II

Quién en Cuba no oyó vibrar sonora
En cada palma el arpa de un poeta;
Que alegre canta ó en silencio llora
Herido el pecho por fatal saeta? —

Quién á deshora no escuchó temblando
La misteriosa voz de un alma ausente,
Que entre las hojas vive suspirando
Con su pasado bien su mal presente? —

Quién no recuerda en tarde solitaria,
En plácido vagar embebecido,
Oyendo de las palmas la plegaria
El ay! de un corazon no haber oído? —

La lira de los bardos orientales,
El arpa eólia que en los bosques sueña,

Pueden cantar los goces terrenales,
Mas no aliviar del corazon la pena.

Mas nunca el alma cariñosa y buena
Del oprimido ser que ausencias llora,
Podrá hallar en la voz de una sirena
La misteriosa voz que la enamora.

III

¡Oh! patria! yo bendigo entusiasmado
La cuna en que nací bajo tu cielo,
Y este raudal inmenso que me has dado
De evangélico amor y de consuelo,

En tí bendigo yo las maravillas
Con que el cielo nos brinda á todas horas;
Que tú á mis ojos mas hermosa brillas
Cuanto mas triste y solitaria lloras.

Por eso á solas, cuando el Sol declina
Y su corona arroja entre los mares
Absorto escucho en la gentil colina
El eterno gemir de los palmares.

Y en ardoroso y vago devaneo
La cuerda del dolor inundo en llanto
Cuando escuchar en los palmares creo,
¡La dulce prenda por quien sufro tanto!

La dulce prenda que en mejores dias
Aquí en mi corazon mezcló amorosa,
Con las mas bellas ilusiones mias,
La flor de los suspiros misteriosa!...

¡Ay! yo nunca pensé que así tan suave
Pudiera detenerse en el camino
De mi vida infeliz, la triste nave
Donde navego errante y peregrino!...

Yo no pensé jamás que el sentimiento
Purísimo de amor que el alma encierra
Trocado en religioso arrobamiento
Me hiciera sin temor dejar la tierra!

Mas, pueda yo morir..... morir gozando
Como las nobles y sensibles almas
Sobre un lecho de rosas, escuchando
La música solemne de las palmas:

Y la muerte vendrá sin que me asombre,
Y mi postrer adios será un gemido;
¡Única prenda acaso, que mi nombre,
Haga eterno á despecho del olvido!

UNA PÁGINA DEL LIBRO DE LA PATRIA

Mueres proscrito, venerable anciano,
En tierra extraña, cuando esparce apénas
Sobre el seno de abril con breve mano
Primavera sus blancas azucenas!
Mueres, — sin que el lamento
De tanto pecho libre,
Cambie el profundo azul del firmamento,
Ni haga que el arpa del silencio vibre!

Cierras los ojos á la luz del día
Cuando mas bello y esplendente asoma
El sol de libertad, tras noche umbria
De bárbara opresion. — Cuando de Roma,
Y Grecia, el no domado
Valor, y el heroismo,
En Cuba dan ejemplos al soldado
Para espanto y horror del despotismo.

Tu eras español; meció tu cuna
El aura embalsamada, en la montaña
Donde brilló mas bella que en ninguna
Otra region, la libertad de España:
Y en brazos del destino.
Te echaste mar afuera,
Como arrojado, intrépido marino
En busca de otro sol y otra ribera.

Llegaste á Cuba, náufrago; — tu lábio,
Mil veces me contó tan triste historia;
¡Perdona si á tus manes hago agravio
Trayendo ese recuerdo á mi memoria!
Y Cuba, generosa,
Te proclamó su amigo,
Te dió su albergue en noche tenebrosa,
Y en él su lecho dividió contigo.

Si todos como tú, los que de España
Vienen á Cuba, no conquistadores
Fueran, que derramando van zizaña
Donde tan solo se apacentan flores;
América inocente
Les brazos les abriera,
Y en vez de maldecir eternamente
Sus nombres, con amor los bendijera.

No fué tu mano, no, la que á la senda
Fácil del robo, y no al trabajo, debe
La rica posesion de hermosa hacienda;
Ni aquella, que por baja, no se atreve
Á manejar espada
Hiriendo frente á frente,
Y asesina cobarde en emboscada
Á la indefensa victima inocente.

Ni fué tu noble mano, la enemiga
Implacable serpiente, que traidora
Astuta muerde, y á la plebe instiga
Al ódio, á la matanza.... ¡Asoladora,
Y repugnante plaga
De mercenarios viles,
Que tan solo la sed con sangre apaga,
Como el cieno la sed de los reptiles!

¡Tintas están en sangre todavía,
Y empapadas en lágrimas copiosas
Las páginas que abrió la tiranía
En los campos de América! ¡Espantosas
Noches de horror y duelo
Á la asombrada tierra,
Y á cuanto baña el mar y cubre el cielo,
La historia de sus crímenes encierra!

América, por fin, sacude osada
El yugo que satánico la oprime,
Y tras lucha sangrienta, alborozada
Entona de los héroes el sublime
Hosanna sacrosanto;
Corona á vencederes,
Liberta á esclavos, — y el acerbo llanto
Enjuga de sus mártires con flores.

Pero, Cuba.... la perla de los mares,
La esclava del placer, adormecida
Al rumor de sus indios palmares;
Viviendo de una vida, que no es vida
Sino la muerte horrible
De un pueblo sibarita;
Cuba tambien levántese terrible,
Y — fuera España! helicosa grita.

Aquella juventud afeminada,
La que fué de parásitos serviles
Ejemplo corruptor; — la ruda espada
Ved como esgrime, y de peligros miles
Cercada en monte y sierra,
Á la muerte se lanza
Á sangre y fuego en espantosa guerra,
Y el premio, al fin, de su denuedo alcanza.

Con sangre solo lavará su afrenta
El pueblo que con sangre se aprisiona,
Y ya Cuba sus mártires presenta
Ceñidos de laurel. — Ya el himno entona
Que todo pueblo libre
Enérgico levanta,
Y á cuya voz no hay pecho que no vibre,
Ni olvide á Dios, ante grandeza tanta.

Y la España?... Esa España que va atada
Al carro del proconsul Valmaseda;
La España que en puñal trocó su espada
Y puso á la justicia en almoneda:
La que de Cuba hizo
Inagotable fuente
De muerte, para el pobre advenedizo,
De infamia para el déspota insolente;

¡Cuál es ay! el valor, el heroismo,
Que opone, á tal constancia, en la pelea?
¿Será de sangre el insondable abismo,
En cuyo fondo la execrable tea
De la discordia atiza
El español tirano,
Y á cuya luz su crimen solemniza,
Nuevo Cain del mundo Americano!

Nuevo Cain, feroz y carnicero
Á los medrosos niños asesina,
Y á las madres tambien!... ¡Su ardor guerrero
Sordo á la voz de la piedad divina
Es el furor infame
Del hijo del desierto;
Es mas.... es tigre que acaricia, y lame
La victima, despues de haberla muerto!

Y qué — ¿la humanidad no se extremece
Ante tanto dolor, é infamia tanta?
La libertad de América enmudece?
Sucumbe Cuba hollada por la planta
De un torpe tiranuelo,
De gente mercenaria?...
No! — que ya brilla en el azul del cielo
Expléndida la estrella solitaria!

SOMBRAS Y SUEÑOS

LA SOMBRA DE ZENEA

¿Por qué calla la lira del poeta
En torno á cuyo hogar la muchedumbre
De Cuba Esclava lo aclamó profeta,
Inspirado de Dios?...
La viva lumbre

De ardiente poesía,
Que en sus robustos versos esparcia
Al pueblo concitando á la pelea,
¿Por qué mudo convierte
En silencio de muerte?...
La sombra de Zenea,
La sangre de su sangre, es el reclamo
Con que la pobre patria adolorida
Pide al egregio bardo de Bayamo,
La página mas bella de su vida!

Cobarde habrá de ser quien no la vea,
Maldecido será quien la reniegue,
Ó réprobos á quienes con su tea
La venganza al oprobio los entregue,
Y en mar de sangre y fuego
Necrópolis sombría,
Miren la patria arder, sin que su ruego
Oiga la patria en tan tremendo día!

¡Oh patria de mi amor! Si con mi lira
Rayos al cielo arrebatara pudiera,
Llegara á Dios el estro que me inspira,
Y Dios el númen de mis cantos fuera.
Mas, ay! que airado truena
En Cuba el bronce fuerte,
Y los pueblos no rompen su cadena,
Si no arrostrando impávidos la muerte!

Enmudece mi lira; pero llora
Mi pobre corazón: mortal tristeza
Mi fatigado espíritu atesora,
Y ante el dolor inclino mi cabeza:
¡Dolor, dolor profundo,
Providencial herida
Por cuya puerta penetré en el mundo
Ese misterio que se llama vida!

Silencio! — adios; no turbe mi lamento
La paz incomprendible en que reposas:
Ni se mezcle mi voz, á las que el viento,
Plegarias de los sauces misteriosas,
Levanta á las estrellas
Llorando al desterrado:
Y Dios acoja con placer en ellas
El amor que á mi patria has inspirado.

LA SOMBRA DE AYESTERAN

Cantad! — bebed deleite sin medida
En copa de oro rebosando miel;
En tanto que yo á Cuba doy mi vida,
Al cadalso subiendo con placer!

¡Oh! madres! — Cuando brille á vuestros ojos
Mi postrimera lágrima de amor.
En vez de rosas, — hallareis abrojos,
En vez de goces, — sentireis dolor.

Sentireis como un dardo en la conciencia
Remordimiento, lúgubre, cruel,
Por haber malgastado la existencia
En el mercado infame del placer;

Por haber vuestra vida convertido
En perpétuo y alegre *carnaval*,
Donde todo, ¡oh vergüenza! se ha perdido,
Patria, fortuna, religion y hogar!...

¡No quiera Dios, que luego cuando vean
En cielo azul brillar la libertad,
Las hijas de la patria, estatuas sean,
Ni esclavas de su misera impiedad!

¡Quiera el cielo que sientan en el alma
El sacrosanto fuego de Judit;
Que adoren de los mártires la palma;
Que humillen á Goliath, como David!

Que en vez de hacer á sus hermosos hijos
Soldados de la danza y del can-can,
Idólatras de inmensos regocijos
Sin Dios, sin gloria, sin honor, sin pan.....

Los enseñen á odiar la tiranía,
Los enseñen á amar la libertad,
Como tú, me enseñaste, ¡oh madre mia!
En el silencio angustioso de tu hogar!

Cantad! — Bebed deleite sin medida
En copa de oro rebosando miel;
En tanto que yo á Cuba doy la vida
Al cadalso subiendo con placer!

SUEÑOS — MERCED VERONA

Oh poesía! oh música del alma!
Que en medio de la noche, cual rumor
De la brisa en las hojas de la palma,
De patria me hablas, libertad y amor;

¿Qué me quieres? — Yo soy un desterrado;
Soy sombra de otro tiempo, soledad
Del inmenso desierto del pasado;
¡Imágen de la triste humanidad!

Yo vivo en el silencio: — mis cabellos
Blancos están; mi pensamiento es Dios,
Y son pobres, muy pobres los destellos
Con que seca mis lágrimas el Sol.

¿Qué me quieres? Si tocas á mi puerta
En busca de la alegre juventud,
Prosigue tu camino, — que está muerta
Hace tiempo, esa cuerda en mi laud.

Si buscas esperanzas; — si riquezas
En rasgos de sublime inspiración,
En mi hogar no hallarás sino pobreza,
Y un sepulcro en mi triste corazón. —

Mi vida, solo tiene un punto verde:
La imágen de la patria, y su dolor;
Si vienes hácia mí, porque recuerde
La triste historia de su inmenso amor,

Mis brazos te reciben, peregrina
Que bajas desde el cielo de tu eden,
Á darme con tu música divina
Fuerza, valor, resignación y fe.

¿Qué me quieres? —

— « Escucha: de esmeralda

El musgo tiende espléndido su manto
Allá del monte en la escondida falda,
Donde la rosa teje su guirnalda
Como gentil corona

Bañada del rocío
Del patrio cielo, y del sonoro río,
Sobre el sepulcro de *Merced Varona*.
Allí no hay cruz, ni signo que al viajero
Indiquen de la Mártir el santuario,
Aunque su tumba encierra un mundo entero
De libertad sublime!

Solitario

El cementerio está donde reposa
La que su pecho espuso á ardientes balas;
Y olvidada de todos.....
Tan solo yo la cubro con mis alas! »

Haces bien en llorar como tú lloras,
¡Oh Musa del dolor! El triste acento,
Con que de Cuba, cariñosa imploras
Un recuerdo, una flor, un pensamiento,
Está en mi corazón: — contigo siento
Cuanto de amargo tiene, y de sombrío
El cuadro horrible de infortunio tanto;
Juntos están tu corazón y el mío:
Juntos, los dos en cántico ferviente
Pidamos fortaleza
Al Sér omnipotente;
Pidamos con la voz de la tristeza
Incienso y mirra á la conciencia humana,
Y un mundo de amor y poesía,
Que eternice en la tierra á nuestra hermana,
Á despecho de infame tiranía!

LUISA MOLINA

En la virgen Cuba, bajo aquel cielo espléndido y risueño, que cubre, no obstante, grandes desventuras y dolores; á las agrestes márgenes de un pobre arroyo, llamado con el nombre de *Moreto*, existe Luisa Molina, á la que el destino concedió los dones de la inteligencia. Luisa es poeta, apesar suyo; apesar de una vida de trabajos y de privaciones; apesar de la soledad del alma, que ha cubierto con un velo de tristeza las juveniles inspiraciones de su tropical fantasía. Últimamente algunos escritores cubanos han hecho una edicion esmerada de sus obras poéticas.

EL CÉFIRO

Quando brota la dulce primavera
Su vigoroso aliento y nuevas flores
Su capullo desplagan olorosas,
Á los rayos del sol que reverbera
En los campos con vivos resplandores;
Entonces entre sombras deliciosas,
Y en ramadas frondosas,
Céfiro amable, rumoroso vagas,
Y á la virginea flor sereno alhagas,
Dando á mi corazón grato consuelo,
Entre las galas del florido suelo.

Quando se alfombran los feraces prados
Con matices de flores purpurinas,
Rojas, blancas, azules y moradas;
Revestidas de árboles copados
Aparecen las cumbres y colinas
Y los fértiles valles y cañadas;
Con tus alas rosadas,
En la verde arroyada, circuida
De enredadera hojosa y florecida,
Vagas pausado con rumor sereno,
Puro, apacible y de fragancia lleno.

Tu susurro sereno y agradable,
Del inculto terreno en la eminencia
De mil flores silvestres coronado
Se estaciona; y perdido é incansable,
En tus alas recoges grata esencia.
Quando asoma su rayo abrigantado
El oriente rosado,
La bella planta que en la falda crece,
Á tu soplo benigno se remece;
Y tus vagos suspiros y rumores,
Del rocío despojan á sus flores,

Si las nubes ligeras lluvia breve
Derraman en los campos extendidos
De brillante verdor engalanados;
Después que cesa, con un ruido leve,
Blando exhalas tus soplos adormidos.
El sol tiende su luz en los collados
Y aparecen dorados:
Y las gotas en perlas cristalinas,
Con vislumbres de tintes peregrinas,
En las hojas se posan, esplendiendo,
Reflejos tornasoles produciendo.

Á la garza que nada alegremente
Sobre limpidas ondas bulliciosas,
Acaricia tu soplo dulce y blando;
Y rizando sus plumas, inocente,
Sus nacaradas alas rumorosas
Con donaire repeles susurrando:
En el margen errando
Con tu vago rumor y tu delirio,
Al blanco, dulce y oloroso lirio
El perfume le robas hechizado,
En sus hojas fragantes columpiado.

Entre el grato frescor de la ribera
Desplegando tu vuelo te paseas
Á la luz apacible de la luna;
Con tu aliento perfumas la pradera
Y agitando las hojas te recreas,
Suspirando en redor de la laguna:
En sazón oportuna,
De la joven amante y dolorida,
Cual sonrisa de amor, tierna y querida,
Tu refrescas la faz y dulcemente
Mudo le hablas de su amor ausente.